

UNA HISTORIA DE LA IGLESIA RUSA BAJO EL REGIMEN SOVIETICO A PROPOSITO DE UN LIBRO

La cubierta del volumen I de la obra que presentamos reproduce una vista del Kremlin de Rostov, en que aparecen el campanario y varias cúpulas prolijamente restauradas, tras una reja. Si la idea que se desea transmitir es la de una Iglesia en orden (canónica, litúrgica y doctrinalmente), pero prisionera, la imagen es muy elocuente, y la lectura de las 500 páginas de la obra confirma esa primera impresión. El volumen II ofrece en la cubierta un grupo de peregrinos rodeando a prelados y sacerdotes en el monasterio-santuario de la Trinidad-San Sergio, en Zagorsk, y esta imagen también transmite una impresión verdadera que emerge de la lectura atenta y sin prejuicios de esta obra tan valiosa: la fe arraigada en el pueblo, que mantiene sus creencias y prácticas religiosas a pesar de las limitaciones que impone un régimen ateo, y de las claudicaciones de un clero que ha debido aceptar esas condiciones. El A., profesor universitario de historia en Canadá, ha encarado su trabajo con abundante información y equilibrado criterio. Contiene una extensa bibliografía, impresa e inédita, un apéndice documental, numerosos testimonios personales y extractos de *Samizdat* religiosos, por lo que constituye un instrumento adecuado para conocer la vida de la Iglesia Rusa en estos casi setenta años de vida bajo los Soviéticos. El tema es sumamente difícil, *primero*, porque la información sobre la vida eclesiástica en la URSS es fragmentaria, ya que solo puede ser conocido lo que el Estado permite que trascienda, y las noticias que se filtran por otros conductos privados (refugiados, opositores) son con frecuencia parciales y locales, cuando no deformadas; *segundo*, porque la evolución de las posiciones de los jerarcas eclesiásticos en los años que siguen a la restauración del Patriarcado, coincidiendo con la Revolución de 1917, ha sido sumamente rápida e incoherente para un observador extraño, por los estímulos e influencias de una sociedad en profunda mutación, el terror organizado, el desconcierto en la misma Iglesia, y donde jugaban circunstancias de varia índole; *tercero*, porque es difícil evitar el tomar partido, juzgando y rotulando, mezclando el criterio del historiador con la impresión del actor, ya que frente a las consecuencias del movimiento bolchevique y especialmente sus implicaciones en la vi-

dá religiosa, nadie puede quedar indiferente, puesto que trasciende la situación rusa, aunque esta sea particularmente ejemplar y servirá de modelo cada vez que se ha dado un régimen marxista.

La obra se lee con interés sostenido, y merece ser conocida por quienes se preocupan por el destino de la Iglesia en una sociedad marxista. En la presente nota deseamos poner de relieve algunos aspectos de la materia tratada, para dar al menos una idea del valor e importancia del libro de Pospelovsky. Coincidiendo con las nuevas tendencias del Partido Comunista en la URSS, aún mal conocidas (y posteriores a la redacción de la obra que comentamos), y la celebración del Milenio de la evangelización de los pueblos de la antigua Rus', que el Patriarcado de Moscú ha asumido como una tarea propia, esperamos ofrecer una visión que, partiendo del libro de Pospelovsky, abarque el amplio horizonte del ecumenismo.

1. La actitud soviética frente a la Iglesia

Desde el principio el Partido vio a la Iglesia como una rémora del pasado, y ello tanto por razones políticas como ideológicas. Sin embargo, los pastores de la Iglesia eran plenamente conscientes del hecho de que el Estado zarista había sometido políticamente a la Iglesia y la había utilizado, desnaturalizando incluso su estructura y su gobierno, llegando a suprimir el Patriarcado (en tiempo de Pedro I el Grande) y subordinar el Sínodo que debía gobernarla al *Oberprokurator*, laico omnipotente que, en nombre del Estado, dirigía la institución eclesial. Los obispos, en el Concilio que pudo reunirse después de la caída del Imperio, restauraron el Patriarcado, eligieron para ese cargo a Tikhon (Belavin), Metropolitano de Moscú, y tomaron una actitud prescindente en política, aunque opuesta al bolchevismo. También, antes de su dispersión, se preocuparon por la nueva organización de la Iglesia, aplicando las aspiraciones de reforma que ya tenían curso y aceptación desde hacía tiempo y previendo los tiempos duros de persecución y anarquía que seguirían. Existían grupos de cristianos socialmente avanzados, un poco al estilo de los que propugnan hoy cierta "teología de la liberación" (la comparación es del A., p. 50), y junto a algunos oportunistas y agitadores (también eran temas candentes la estructura oligárquica, a causa del carácter monástico de los obispos, y la situación del clero parroquial casado), originaron grupos cismáticos, que bajo el nombre de Iglesia Renovada establecieron una jerarquía paralela y obtuvieron apoyo oficial mientras le resultó útil al Partido. Pero los fieles permanecieron junto a sus obispos legítimos, perseguidos, desterrados, sin templos, sin seminarios, y cuando, veinte años después, tras una persecución rigurosísima, Stalin tuvo necesidad de cohesionar el patriotismo de la población frente a la invasión alemana, recurrió a la Iglesia diezmada y perseguida. Convocó al Metropolitano Sergio, el cual fue elegido Patriarca en 1943; tras una vacancia abierta a la muerte de Tikhon en 1925, quien había dejado establecido en su testamento un sistema sucesorio que debía traer innumerables complicaciones. El nuevo Concilio electivo fue apresuradamente convocado, y lo integraban obispos que, en su mayoría, regresaban del destierro o de los campos de prisione-

ros. La Iglesia Renovada, que para entonces era apenas una sombra, dejó de existir. La facción de Sergio era, por su parte, la que, a pesar de las persecuciones y del terror estalinista, había mantenido una actitud más favorable al régimen, o al menos, menos opuesta, y pudo, con la bandera del patriotismo durante la guerra, asumir una militancia en favor de la Patria y de la paz que sería desde entonces una característica de las relaciones exteriores del Patriarcado restaurado, y que permitió al régimen soviético contar con una propaganda favorable, a cambio de ciertas concesiones. La Iglesia Patriarcal, entonces, al recibir el reconocimiento oficial, si bien aseguró la regularidad litúrgica y disciplinar, que los Renovacionistas habían arbitrariamente modificado (aunque no sin aciertos parciales), siguió la actitud sumisa de estos, frente al régimen, de modo que, según el A., sintetizó el conservadurismo caro al pueblo de la Iglesia perseguida con la aceptación del control estatal en su interior. Continuaron siendo sancionados los obispos y sacerdotes más independientes, mientras oficialmente la Iglesia, silenciando los abusos de la dictadura soviética y los daños causados a la misma Iglesia, apoyaba los movimientos por la paz, a los que contribuía económicamente con el dinero que recibía de los fieles, sostenía la política exterior soviética, colaboraba con la rusificación de las poblaciones culturalmente diferenciadas, aunque con todo ello condonara flagrantes violaciones a los derechos de comunidades enteras. La reconciliación de la Iglesia con el Estado soviético no hizo cambiar sustancialmente la actitud de este. La presencia de la Iglesia es sumamente reducida, y la propaganda y la presión ateas siguen formando parte de la política oficial. Las estadísticas que ofrece el A. son sencillamente aterradoras, por las cifras de obispos y sacerdotes asesinados en los años de la persecución más sangrienta, de templos cerrados o destruidos, dejando la impresión de que la vida religiosa es solamente tolerada, con inciertos límites, que dependen del arbitrio de funcionarios hostiles o de la consigna política del momento. Si Stalin en la década del 30 intentó suprimir violentamente a la Iglesia, los años de Kruschev con métodos más benignos, fueron igualmente drásticos en lo que hace a la persecución de los creyentes. Es claro, pues, que a la buena voluntad y colaboración de ciertos obispos, no corresponde en igual medida el beneplácito oficial para las actividades eclesiales. La iniciativa la conserva el Estado, que niega a la Iglesia y a sus asociaciones toda personalidad civil. Frente a este cuadro lleno de dramatismo, donde abundan las actitudes heroicas y se encuentran también presentes las debilidades humanas, el juicio del A. es matizado y equitativo, pues mientras reconoce la legitimidad de la Iglesia Patriarcal y su esfuerzo por mantener la fe en el pueblo, señala también en algunos jerarcas los excesos de celo "soviético", que tienen muchas veces trascendencia exterior.

2. Los conflictos canónicos

Cualquiera que esté medianamente informado sobre la vida eclesiástica de la inmigración rusa sabe que desde la Revolución las comunidades en el exilio han sufrido y sufren divisiones, a causa de las diferencias políticas que adquieren alcances jurisdiccionales. A ello no fueron ajenas actitudes imprudentes de otras se-

des y del mismo Patriarcado Ecuménico, el cual, por ejemplo, reconoció a la Iglesia Renovada como la jerarquía legítima (p. 64), legitimó los comienzos del Sínodo que, antes de establecerse en Karlovci, se reunió en Constantinopla en 1920 (p. 114), y más tarde admitió en su jurisdicción a la diócesis del Metropolita Eulogio, que reducida prácticamente a los fieles rusos de Francia es hoy un Vicariato de la Metròpoli griega de Francia (p. 142). La obra establece un claro panorama de la evolución de las relaciones entre los obispos rusos exiliados, que se agruparon en tres unidades mayores: la misma *Iglesia Patriarcal*, aunque perseguida en la URSS, podía ejercer ya en las décadas del 20 y del 30 una cierta función pastoral con los fieles fuera de Rusia, y esta presencia ha aumentado considerablemente después de la Segunda Guerra, con el apoyo o al menos la connivencia estatal por el efecto propagandístico que ello tiene; el *Sínodo* reunido en *Karlovci* (Serbia), y que presidió en sus inicios el Metropolita Antonio (Krapovitsky) de Kiev, una de las figuras más notables del clero prerrevolucionario y el candidato más votado en la elección patriarcal de 1917. El Sínodo se trasladó después de la Guerra a los Estados Unidos; el A. mantiene frente a esta organización una actitud comparable al rechazo que expresa frente al Patriarcado, señalando las inclinaciones políticas —monárquicas y conservadoras— y la, a su juicio, dudosa regularidad canónica, que lo ha llevado de hecho al aislamiento en el concierto de la Ortodoxia; la *Iglesia Ortodoxa Americana*, es la antigua misión rusa en Alaska y Norteamérica, que, elevada a diócesis, se separó del Patriarcado después de la Revolución y estuvo en contacto con el Sínodo de Karlovci, aunque manteniendo una cierta independencia, hasta restablecer la relación con el Patriarcado, que le concedió en 1970 la autocefalía, no reconocida por las demás Iglesias Ortodoxas, debido especialmente a la oposición del Patriarcado Ecuménico. Ya hemos mencionado a los fieles que seguían al Metropolita Eulogio, que oscilaron entre la dependencia del Patriarcado y la adhesión al Sínodo, hasta su admisión por el Patriarcado Ecuménico. Evidentemente, no puede decirse todo en una obra como esta, que se propone alcanzar a un vasto radio de lectores, pero el tratamiento de la vida eclesiástica en Rusia y en la diáspora es equilibrado y con suficiente información.

3. Las comunidades unidas a Roma

La obra pasa en silencio la acción desplegada por el Vaticano después de la Revolución en Rusia, durante la anarquía y el hambre que la siguieron, así como los esfuerzos de captación de los fieles para constituir una Iglesia Rusa unida a Roma, por obra especialmente del discutido P. M. d'Herbigny sj¹. También en las comunidades de la diáspora, especialmente donde no existían centros vinculados al Sínodo, a París o al Patriarcado, la acción de los católicos, además de consti-

1. WENGER, A.: *Rome et Moscou, 1900-1950*. Paris, 1987. Tener en cuenta, sin embargo, la aclaración publicada en *Irenikon* 60, 1987, p. 218-228. Es de notar que hasta la Segunda Guerra Mundial había en el territorio soviético millones de fieles católicos de rito latino, de los que poco o nada se ha sabido después y que han quedado totalmente desprovistos de asistencia sacerdotal.

tuir incipientes feligresías unidas a Roma, de corta vida por lo general, tuvo un papel asistencial y cultural:

En cambio, existen millones de fieles ucranios que vivían en territorios que la Unión Soviética ocupó después de 1945, y que fueron brutalmente incorporados a la Iglesia Ortodoxa, suprimiendo la jerarquía y las instituciones católicas, como se hizo igualmente con la Iglesia Autocéfala de Ucrania. Se debe emitir un juicio severo sobre esta incorporación violenta. El A. señala cómo esos territorios incorporados a la URSS en fecha posterior, gozan de una proporción más fuerte de iglesias abiertas, como si tal benevolencia contemplara un doble fin; decimos nosotros: afianzar la rusificación de los habitantes y conformar a los creyentes con mayores posibilidades de practicar su fe.

4. Las personalidades eclesiásticas

En los intrincados problemas canónicos y jurisdiccionales intervenían tanto las circunstancias y conveniencias como las características de las personalidades actuantes. El relato del A. deja ver la gran variedad de actitudes, desde el mártir Patriarca Tikhon, el Metropolitano (después segundo Patriarca) Sergio, y el tercer Patriarca, Alexis (Simanski), hasta los obispos, obsecuentes unos y valerosos otros.

Baste referirnos aquí brevemente a lo que dice de dos personajes contemporáneos, el Metropolitano Nikodim de Leningrado y el actual Patriarca Pimen. Nikodim ha sido uno de los artífices de la apertura ecuménica del Patriarcado de Moscú. De los datos reunidos por el A. resulta un retrato contradictorio: por un lado aseguraba con sus relaciones y viajes al extranjero la imagen de libertad religiosa en la URSS; pero por otro defendía el escaso margen disponible para las actividades religiosas, sobre todo para la formación del clero, consiguiendo privilegios y excepciones que no pudieron obtener otros jerarcas. Las relaciones con Roma le deben mucho, así como el intercambio de estudiantes entre las Iglesias Católica y Ortodoxa Rusa; y después de su muerte se ha producido un cierto enfriamiento. Sobre el Patriarca Pimen el juicio del A. es severo, y lo compara desfavorablemente con su predecesor el Patriarca Alexis. Su biografía incluye dos períodos de detención, que pueden haber doblegado su voluntad. En todo caso, se lo presenta como un hombre más bien retraído y tímido, aunque piadoso, que celebra la Liturgia con recogimiento y majestad. Citando una fuente anónima, dice el A. que, de la historia de la Iglesia en Rusia, se demuestra que ella es una Iglesia "genuina, viviente y vibrante", pero que el Patriarca nada tiene que ver con sus realizaciones espirituales (pp. 470-471).

En lo que hace a los obispos, los desplazamientos de una sede a otra parecen tener una connotación política en muchos casos. Del obispo se espera que sea más bien pasivo, que no demuestre celo pastoral ni recorra la diócesis, para no interferir en la política atea y antirreligiosa. Siempre ha habido, sin embargo, personalidades más vigorosas en sus actitudes pastorales, y recientemente los cambios introducidos por Gorbachov, que difícilmente beneficien en forma directa a

la Iglesia, han movido a reclamar más libertad para los creyentes. Así el Metropolitano Alexis de Leningrado y Novgorod hizo algunas declaraciones, pidiendo cambios en las leyes y en la actitud del Estado para con los creyentes, ya que ellas proceden de una época de antagonismo (ver *Episkepsis*, n. 387, I.XI.87, p. 5). Lo corriente hasta ahora era expresar que la legislación es correcta, aunque a veces hubiera dificultades con su aplicación. Más valientes son las conocidas reclamaciones de sacerdotes y fieles, muchos de ellos en reclusión o en el exilio.

Desde el exterior de una situación tan compleja y delicada, no puede uno juzgar la actitud de las personas comprometidas en ella. El A. señala que entre los creyentes se ha desarrollado una verdadera disociación entre las afirmaciones públicas de los jerarcas y el sentido religioso de su misión pastoral. Por ello no se escandalizan tanto por los elogios tributados al régimen, por ejemplo —toda la sociedad soviética experimenta la misma violencia. Por los sacramentos y la Palabra sostienen los creyentes de la URSS su fe y su vida sobrenatural, y es la Iglesia Patriarcal la que se los ofrece; no tiene sentido, entonces, cuestionarla. Tal convicción coincide con la desaparición casi total de la Iglesia de las catacumbas.

* * *

Como se puede apreciar, la lectura de esta obra sugiere toda clase de reflexiones y de comparaciones. Concluyamos con una referencia de actualidad. Es sabido que el Patriarcado de Moscú ha lanzado una verdadera ofensiva para celebrar los mil años de Ortodoxia en Rusia (1988). Es importante hacer algunas precisiones, para que no se pierda el verdadero sentido de una celebración que la Iglesia Católica, con la palabra del Santo Padre, también promueve. Es comprensible, y hasta justificado, que la Iglesia Rusa, siguiendo una línea de conducta que se remonta al menos a los años de la Guerra Mundial, intente reafirmar en esta ocasión los lazos entre la fe cristiana y la historia patria. Es una oportunidad que se le ofrece, frente a un poder ateo y materialista. Seguramente el Estado aprovechará también para dar al mundo una demostración de la libertad religiosa que pretendidamente existe en la URSS. Pero la presentación que se hace de los hechos distorsiona la realidad, pues habla de la Ortodoxia, en evidente anacronismo, ya que la Iglesia de Constantinopla, a pesar de su creciente extrañamiento de Roma, no consideraba rota la unidad eclesial, ni configuraba una realidad doctrinal y jurídicamente separada, como lo es, desgraciadamente, hoy. El bautismo de los pueblos rusos no debería verse como una incorporación a la Ortodoxia, sino a la Iglesia de Cristo, de acuerdo, eso sí, a la tradición y disciplina de una Iglesia determinada, la que floreció en Constantinopla. El acento en la Ortodoxia sugiere un intento de cohesión y reforzar la asimilación de los fieles católicos ucranios, incorporados violentamente a la Iglesia Patriarcal en 1946, ya que, en realidad, el Príncipe Vladimir introdujo el cristianismo en la región de Kiev, en la actual Ucrania, y recordar esto podría fomentar el nacionalismo. Las difíciles condiciones históricas en que se realizó la unión del episcopado ruteno con Roma

(en 1596), y las discutibles características del llamado Uniatismo —que es todavía hoy una hipoteca que pesa en el diálogo ecuménico— no justifican el desconocimiento del derecho de esos creyentes a permanecer fieles a la Iglesia en la que han recibido la vida y la doctrina del Evangelio.

En conclusión, como católicos, respetamos y valoramos la entereza con que los cristianos de la URSS han sabido mantener su fe, aun a precio de graves limitaciones, que se han visto forzados a aceptar. Tal vez la prueba más dura de la Iglesia de Rusia, al cumplirse el milenio del bautismo, sea justamente la de ser instrumento de salvación y camino de santidad para sus fieles, al mismo tiempo que sus jefes y pastores, hombres al fin, se muestran en su debilidad, condicionados por un poder ateo, envueltos en una política que les es ajena, pero sustancialmente fieles y dedicados a obedecer la llamada divina.

Abadía de San Benito
C.C. 202 - 6700 Luján (B)
Argentina

Martín de ELIZALDE, *osb*